

Julio 1936

nº 33

El desfile en casa del gran
modisto. (Por C. S. de Tejeda.)

Suplemento de Blanco y Negro n.º 33





crónica de París

CONFERENCIA

SOBRE LA MODA

por Henri Duvernois

pronunciada en la casa WORTH

Ofrecemos hoy aquí, en estas páginas consagradas a la Moda, una deliciosa conferencia escrita y leída por el literato francés Henri Duvernois, en los nuevos salones de Worth, frente a las más destacadas e ilustres figuras de la sociedad parisina. Los detalles curiosos de los orígenes de los más afamados modistos, y los alegatos que defienden el sentimiento y el culto inmortal de la elegancia, hacen de esta conferencia un documento digno de ser leído y meditado.

WORTH

Señoras, señoritas, señores: Cuando Jacques Worth fué, amablemente, a proponerme que hablara algunos minutos ante ustedes, sólo tuve un instante de duda... Ante todo, prefiero decirles—antes de que se den cuenta de ello—que no soy orador... Además, en la época encantadora, pero un poco nerviosa, en que vivimos, el auditorio muestra su predilección por las conferencias contradictorias, confiando en que así sean más amenas. En ésta no puede haber ninguna contradicción; el orador se encuentra totalmente de acuerdo con el público acerca de este punto: París no ha muerto. París se ha visto ya en trances idénticos y siempre ha salido y saldrá con bien, a poco que le ayudemos todos, puestos previamente de acuerdo. La ciudad se transforma, eso es todo... Está pasando por la ineludible ley del desplazamiento: el corazón del París elegante era antes la "rue de la Paix"; ahora será el "faubourg Saint Honoré". Les hablo como persona que desde hace meses prepara un libro acerca de la capital; que se asomó a su pasado, que hizo un reportaje sobre el presente y que, en cuanto termina su tarea, examina con confianza el porvenir.

Además, tenía que cumplir un doble deber de agradecimiento hacia la antigua y moderna casa que ha creado la gran costura parisense, hoy la segunda industria nacional.

Asistimos a la aurora de la cuarta generación de los Worth: el fundador, Charles-Frederic, y luego sus hijos Gaston y Jean Philippe. Gaston, que se ocupaba en la administración, y Jean en la parte artística, porque Jean Philippe Worth, que poseía el preciado don de pintar bien, fué discípulo de Corot... Dedicaba los domingos a pintar en el estudio del maestro, que le honraba con una amistad paternal.

Tercera generación: los dos hijos de Gaston Worth, Jacques, que estudió Medicina y que, abandonando el escalpelo, se consagró a la alta costura, confirma lo que dijo un día Paul Bourget: "Todos deberíamos haber empezado nuestra carrera haciendo grandes estudios de Medicina; es una preparación que me parece indispensable para el arte: le da disciplina y base humana. Así, cuando nos reunimos, hace poco, los amigos y admiradores de George Duhamel, para ofrecerle la espada de académico, rogamos al cincelador que no olvidara el caduceo, símbolo de la primera profesión del novelista... El hijo segundo de Gaston Worth, Jean Charles, compuso un excelente estudio escrito sobre la Moda, en el cual, juiciosamente, consignó: "Somos los intérpretes de corrientes manifiestas o profundas, de deseos secretos o de verdaderas necesidades. Nuestra fantasía, que, lo confieso, es toda nuestra alegría, recoge su esencia de la realidad, y con ella compone."

Por último, la cuarta generación. Aquí tenemos al actual Roger Worth. Inicia su actuación en la nueva casa del "faubourg de Saint Honoré". Esperemos que en su primera colección se muestre digno del apellido que lleva y mantenga el pabellón de su familia.

He hablado de un doble deber de agradecimiento...

El segundo es de orden personal: En la calle "de la Paix", precisamente en los salones de Worth, transformados para esta circunstancia, fué donde me quedé deslumbrado ante mi primer baile infantil... Un baile de disfraces. Tendría yo entonces cinco o seis años... Confieso que ya hace bastantes de esto... Después de un prolongado y doloroso letargo, renacía París. Yo esperaba aquel baile con la avidez de un apasionado lector de los cuentos de Perrault,



Ayuntamiento de Madrid

Andersen y otros que, aunque inferiores, me parecían espléndidos, solo por estar llenos de hadas y de genios.

Cuando no llenaba mi imaginación de misterios silvestres el "Bois de Boulogne", poblaba de ninfas, elfos, gnomos y árboles encantados los tranquilos "Champs-Élysées". Para mí, todo era misterioso... De esa manera llegué a imaginar que cada estatua de la plaza de la Concordia tenía un pasadizo subterráneo que daba acceso a la ciudad, representada por la estatua; era, evidentemente, una idea falsa, pero mucho más poética que una moderna estación del "metro", ahumada. Un día, por primera vez, vi abrirse una de las puertas de bronce de un pedestal. Un hombre, con blusa, colocaba allí, ¡ay!, las escobas, y se marchó sin darse cuenta de que acababa de cerrar la puerta ante mi primera desilusión. No tardaría en reemplazarla otra ilusión, porque yo estaba abundantemente dotado de ellas, nuncio de la obligación futura del escritor, que es soñar por los que no tienen tiempo para hacerlo, y presentar a los hombres tales como son..., es decir, en el fondo, mejores de lo que parecen.

He conservado un recuerdo delicioso de aquel baile de niños en casa de Worth, donde los y las que debían conocer, más tarde, el "boston", la "matchicha", el tango, después la rumba y la "cariocca", se entrenaban con aquellos ejercicios jugando al corro y con ingenuas "polkas".

También recuerdo a un amiguito, al cual disfrazaron de gallo sus padres, treinta años antes de Chantecler... Le pegaron en las mejillas unas plumas largas. Después de dos horas de padecimiento, al desdichado se le acabó la paciencia, se puso delante de un espejo, y fué arrancándose las plumas una por una, haciendo gestos horribles, con gritos de dolor y los ojos llenos de lágrimas... Tan pequeño, y ya se le podía aplicar la frase de Beaconsfield: "La vida sería soportable si no hubiese diversiones"... Pero el caso fué único; la fiesta resultó magnífica. ¿Acaso no estaba dirigida por un mago?

Yo salí entusiasmado, y aunque expreso mi agradecimiento un poco tarde, no por ello es menos vivo y sincero.

Nos hemos reunido hoy para celebrar muchas cosas, que esperamos nos proporcionarán la alegría de encontrar la perdida sonrisa... ¿Será por lo que significa para nosotros el nombre de Worth? Antes que nada, significa el buen gusto. Entendámonos: Flaubert escribió en una dedicatoria a un amigo: "Por nuestro común odio hacia el buen gusto". Esta humorada necesita una aclaración. Existen, en efecto, el gusto creador y el gusto estilizador. El gusto que desecha todo atrevimiento, el gusto al cual repugna cualquier iniciativa. Es la pared desnuda en la cual no se atreven a colocar un cuadro para que la gente exclame: "¡Qué sencillo! ¡Qué bello!" La belleza y la sencillez de la nada. La literatura que repele todo ímpetu, la que se sustrae a todo lirismo, la que verifica y reserva, es una literatura despejada, limpia, que da sed de romanticismo, como las mesas de cristal y los sillones de níquel hacen desear los péndulos "rococó" y los muebles de caoba estilo 1830.

Pero hay otro buen gusto: el Gusto, con G mayúscula, del cual nacen las creaciones. El que se inspira en el amor al trabajo bien realizado con bellos materiales. Insisto en ello, porque es esto precisamente lo que celebramos en el presente momento. Se ha conocido hace algunos años un lujo espantoso: el del par de medias que no duraba más que dos horas; el del traje que quedaba para tirarlo, después de una semana de uso; el del perfume que se evaporaba al destapar el frasco; los sillones que se derrumbaban al sentarse; el hotel de cartón que se volatilizaba al primer soplo; la casa de cartón-piedra, con su "pasillo-salón", "armario-cuarto de baño" y "armario-cocina", conjunto provisto de todas las incomodidades modernas y poblado de ruidos espantosos. Hemos padecido la pintura provisional, la escultura valedera sólo para una temporada, el "auto" bueno para tres paseos... Esto iba a la par que las acciones emitidas por sociedades semejantes a esas extrañas plantas venidas del Japón, que, alcanzando un metro en ocho días, abríanse en una flor monstruosa, para sucumbir en seguida, con un olor espantoso a podredumbre... Flores extraordinarias, ciertamente, pero que nos invitan a arrodillarnos ante el sencillo y divino milagro de una rosa... Hemos conocido muchas cosas que temíamos fuesen eternas: el traje que no pasaba de las rodillas y que hacía exclamar a los ancianos: "¡No quisiera morirme hasta ver a dónde llegarán!" Los "tés", transformados en reuniones conscientes de alcohólicos; el gongorismo, convertido en diálogo de gente baja...; la fealdad, diciendo a la belleza: "puedes irte; pasó tu época; ahora ocupo yo tu lugar"; el amor, relegado entre los accesorios fuera de uso; la Poesía, reemplazada por verbosidades de alienado... Todo ello pasó, o poco menos. Si la Historia Universal no es siempre una lectura caprichosa, la de



París da una extraña lección de optimismo, y la historia de la casa Worth es un bello capítulo de la historia de París. Un capítulo que continúa.

Empecemos por lo que cuenta en sus memorias la princesa Paulina Metternich: Un hermoso día de 1858 estaba en su tocador, cuando su doncella le entregó un álbum...

—Son modelos que trae una señora joven... Han sido dibujados por su marido: un inglés.

¿Un inglés que espera triunfar con la moda en París...?

Aquí, entre paréntesis: Charles Frederic Worth nació en Londres, en 1825; hizo sus primeras pruebas en la casa de modas Swan et Edgard. Hijo de un abogado arruinado por especulaciones desgraciadas, tuvo que ganarse la vida desde muy joven. Sentía en sí mismo infinitas posibilidades, pero, adivinando que sus inspiraciones sólo en París podían tomar forma y realizarse, lleno de esperanzas, acababa de desembarcar, con 117 francos por todo capital. Delegó en la más linda embajadora, en la reina de la elegancia de 1858: en su joven esposa...

La princesa ojeó el álbum, y quedó asombrada... Aquel inglés tenía ideas maravillosas... Madame Worth fué recibida inmediatamente; explicó que su marido quería vestir a la princesa, sin importarle el precio. El encargo quedó hecho: un traje de mañana y un traje de noche, por seiscientos francos en junto: trescientos cada uno...

Hacia fines de semana—escribe la princesa—, después de una prueba (insisto en el hecho de una prueba única, ya que lo corriente entonces era probar cinco o seis veces), me fueron enviados los dos trajes. Eran de una perfección absoluta, y mandé mis más calurosas felicitaciones al artista que los había ideado...

Al miércoles siguiente se celebraba un gran baile en las Tullerías, en la sala de los Mariscales. Llevé mi traje de Worth, y puedo decir que jamás tuve otro tan magnífico ni que me sentara mejor. Era de tul blanco, salpicado de redondeles pequeños de plata (moda que entonces estaba en pleno apogeo), y adornado con margaritas de corola roja, rodeadas de manojos pequeños de hierbas, hechos con plumas. Estas flores estaban veladas todas con tul. Rodeaba el talle un cinturón ancho de raso blanco... Worth obtuvo su primer éxito.

En efecto, la Emperatriz felicitó a la princesa y le pidió que enviara a su modisto a las Tullerías, a las diez de la mañana siguiente.

"Worth estaba lanzado"—escribe la princesa Metternich. Y añade graciosamente—"...Ningún traje de trescientos francos volvió a ver la luz del día..."

Debemos a la narradora muchos detalles divertidos. Por ella sabemos que Worth tenía la costumbre de cambiar algunos detalles en el último instante, lo mismo que algunos autores dramáticos, que corrigen sus obras después de verlas a la luz de las baterías... Aquel día hubo un conato de drama: Worth tenía una jaqueca terrible, se acostó con un vendaje en la frente, y dió orden de que no entrase nadie en su habitación. Las damas, invitadas a un baile en las Tullerías, se citaron la misma mañana de aquel día en la calle de la Paz. La ausencia del maestro lo desorganizaba todo... El personal parecía atontado y la clientela desorientada... La princesa desobedeció la consigna; entró en la habitación del enfermo, y le rogó que examinase los trajes. Por fin los inspeccionó y, levantándose a cada

VESTIDO "TROTTEUR" DE LANA "BEIGE". LA CHAQUETA SE ABOTONA HASTA EL TALLE. POR AMBOS LADOS DE LA BOTONADURA CORRE UNA FRANJA PES-PUNTEADA, QUE SE REMONTA HASTA EL CUELLO, DE PICOS DOBLADOS. LOS BOLSILLOS SE ABREN AL BIES. LAS MANGAS SON ALGO AFAROLADAS Y SE CIERRAN A LA ALTURA DEL CODO CON FRANJAS PES-PUNTEADAS. EL CINTURÓN ES DE PIEL MARRÓN DE COCODRILO. (FOTO SCHOSTAL)



momento la venda que le cubría los ojos, exclamaba: ¡Ridículo! ¡Espantoso! ¡Imposible!

—Señor Worth—exclamó la princesa—, de esto depende su reputación de usted.

Al oír estas palabras, el artista se quitó la venda y dijo:

—¡Vamos!

Dos horas después estaba reparado todo...

Veamos ahora las últimas líneas de la princesa Metternich...

"En 1857, año de la Exposición Universal, dimos un gran baile. Los periódicos hablaban sólo de tan magnífica fiesta... Vi al anciano señor Worth poco tiempo después... Entre paréntesis, el ya anciano señor Worth tenía por entonces cuarenta y dos años... Me felicitó, me miró con afecto, y dijo:

—¡Pensar que fui yo quien la inventé!

—¡Puede que esté usted en lo cierto!—terminó la princesa.

En 1858 había 158 casas de modas. En 1934 había ya 7.800. Una "primera" ganaba tres francos al día. Hoy una "primera" gana cien mil francos al año. Hacia 1860 no era raro que alguna clienta, deseosa de mantener su fama de elegante, se encargara dos trajes por semana... En iguales circunstancias, una mujer de hoy encarga veinte trajes al año, distribuidos de esta manera: cuatro de mañana, cuatro de tarde, cuatro de noche, dos para casa, dos para deportes y cuatro abrigos.

Me contó una persona, testigo presencial por

cierto, que hacia el final del Segundo Imperio, en una función del Varietés, se presentó una espectadora con un traje admirable. El autor que estrenaba aquella noche una comedia en cuatro actos, en la cual fundaba muchas esperanzas, notó que había en la sala un revuelo insólito antes de que se levantara el telón, y preguntó qué ocurría.

—Se trata—le dijeron—de un vestido, que está alcanzando un éxito extraordinario...

—Mejor—replicó el autor—, eso predispondrá bien al público...

No sospechaba la sorpresa que aquella deliciosa espectadora le reservaba... Vivía en la calle de Vivienne, frente al teatro. En cada entreacto cambiaba de traje rápidamente y volvía alhajada de un modo más llamativo cada vez...

Comprenderéis que aquella noche nadie hizo caso de la producción escénica; el autor se mesaba los cabellos; los aplausos eran todos para la ingeniosa innovadora... La comedia no logró salvarse. Acaso no mereciese mejor suerte, pero la verdad es que las tres obras de arte de Worth, sus tres vestidos, eran tres obras maestras."

Hemos visto cómo "lanzó" a Worth la princesa Metternich.

Madame Carolina Reboux me ha contado la historia de sus comienzos. Era una niña casi cuando ya estaba de aprendiz en una casa de modas. Un sábado por la tarde se quedó sola en la tienda; se abrió la puerta, que dió paso a una bella señora: el hada de los cuentos que necesitaba para el domingo por la tarde un sombrero que hiciese juego con el traje...

—No hay nadie—le dijo Carolina Reboux—; es sábado por la tarde, y va a ser imposible complacerla... A menos que...

—¿A menos qué?—preguntó el hada, impaciente.

—A menos que me permita usted probar a hacerlo yo.

—¿Usted?

—Sí, yo.

—¿Qué edad tiene usted?

—La edad no importa nada.

—Bueno, pues hágalo, y ya veremos...

Al día siguiente, a la hora convenida (se trataba de un baile en el jardín de Fontainebleau), llegó la aprendiz con un sombrero encantador, en el que había trabajado toda la noche...

La condesa de Pourtalés (pues era ella) fué con aquel sombrero a Fontainebleau, donde alcanzó extraordinario éxito.

De esta manera comenzó a darse a conocer Carolina Reboux.

No creo que haya nada más conmovedor que estos principios. Me recuerdan una encuesta reciente acerca de la Suerte, encuesta a la cual alguien contestó hábilmente: "La suerte es, ante todo, tener talento, tener valor y ser constante en el trabajo..."

En los primeros años del siglo XIX, una bordadora, que tenía alrededor de doce años, se instaló en un mercado parisiense, para vender los sencillos bordados que ella misma hacía y presentaba, extendidos por el suelo.

En los días de más insensata ambición, exclamaba: "¡Más adelante, cuando sea rica, tendré una mesa!"

Consiguió mucho más: a los veintiocho años, fundaba y dirigía una de las primeras casas de bordados de la capital. Creo que ya es bastante, y supongo que desde 1812 a 1830 no sería fácil la tarea para una pobre muchacha completamente sola... Pero tengo que decir el final de la historia. Durante aquel tiempo no sólo halló el medio de aprender a leer y a escribir, sino que pudo instruirse y afinarse. Los artistas y los escritores de la época frecuentaron su salón... De ella he leído cartas de exquisito ingenio... Estoy perfectamente informado, porque la niña parisiense de quien hablo fué mi bisabuela...

Los demás ejemplos son de tiempos menos remotos. Ahí tenemos a Jeanne Lanvin, cuyo talento y cuya personalidad, compuesta de modes-





EN LA PÁGINA OPUESTA, VESTIDO DE NOCHE, DE SEDA AZUL OSCURA, CON LUNARCITOS ROJOS. MODELO C. A. HERPICH SOHNE. (FOTO SCHOSTAL.)

TRAJE MARINERO DE PIQUÉ BLANCO, CON "JERSEY" HECHO A MANO. MODELO DE LUCIEN LELONG. (FOTO DORVYNE.)

UN ELEGANTÍSIMO VESTIDO DE NOCHE EN COLOR LILA MATE, DE FORMA RECTA CLÁSICA. MODELO C. A. HERPICH SOHNE

tía y de amor a su arte, conocemos todos. Era la mayor, y el único sostén de numerosos hermanitos; a los trece años entró de aprendiz en un taller... Algunos años después se instalaba como modista en una habitación; una habitación exigua; pero poco después se le ocurrió la gran idea de crear, para su hermanita y para su hija, trajes infantiles. El éxito se inició entonces, y fué al mismo tiempo que la clientela. En 1890 pudo alquilar un piso pequeño en la buhardilla de su misma vivienda, que actualmente, con los otros dos edificios inmediatos, alberga la "Casa Lanvin".

Veamos a Madeleine Vionnet, la gran técnica, a quien han llamado "el arquitecto de la Moda". Cuando era niña, soñaba con aprender. También entró como aprendiz en cierto taller de un barrio extremo, a los trece años. A los dieciocho dirigía en Londres siete talleres. A los veinticinco intentó darse a conocer en París, en casas donde nadie la entendía. Por fin, pudo instalarse, y el triunfo fué inmediato.

El origen de la "Maison Callot, Hermanas" es diferente, pero en él volvemos a hallar el arte de la pintura. No olvidemos que Worth empezó dibujando figurines de modas.

Las hermanas Callot, cuya casa fué fundada en 1880, no eran profesionales de la modistería.

Buscaban inspiración en la cultura artística, heredada de su padre, pintor de gran mérito. Sus innovaciones se impusieron hacia 1900: tejidos vaporosos y ligeros, utilización de pieles, entonces desdénadas; reincorporación de encajes, bordados, plumas y lazos...

Me permito insistir particularmente acerca de este último punto, que tiene muchísima importancia. Los espíritus mezquinos, que muchas veces confundimos con espíritus serios, estimarán que aquí no se trata más que de cosas nimias, y que no está el tiempo para frivolidades; que debemos tener preocupaciones más serias. No existe concepto más falso ni estado de espíritu más perjudicial para París y para Francia. A esta causa debemos el desastroso impuesto sobre el lujo. También le debemos los impuestos que hunden el teatro. Conviene no olvidarlo. Todos resultamos solidarios, y he aquí una anécdota que lo demuestra:

A pesar de todo lo que hayan podido decir o escribir, la emperatriz Eugenia se manifestaba con frecuencia rebelde a las creaciones de la moda. Temía que la tacharan de excéntrica, y también le daba miedo la crítica de los aristarcos empolvados, de los cuales todavía no se ha perdido la simiente... Un día se resistió a Worth, que había ido a llevarle un suntuoso traje de brocado:

—Si vuestra majestad accede a ponérselo, las demás señoras la imitarán y la industria lyonesa adquirirá un desarrollo magnífico...

El emperador, que entraba en aquel momento, dió la razón al modisto, y animó a la emperatriz a que se pusiera el traje, una vez al menos.

El resultado fué soberbio: las fábricas lyonesas agonizaban, y en pocas semanas volvió a ellas la prosperidad... He ahí la magia; vedla, a la inversa, en sucesos más recientes:

La post-guerra—entendámonos, la guerra de 1914 a 1918—devolvió a Lyon todo su esplendor. Pero, de pronto, cambió la Moda, porque, como otra hada Melusina, se convierte a veces en hada maléfica. A las señoras se les metió en la cabeza no usar más que tejidos lisos... Siempre con el mismo criterio de supuesta sencillez, de gusto estilizado. Los resultados fueron terribles. Nadie ignora que si el "façonné" es casi exclusivamente de fabricación francesa, el tejido liso se produce tan bien, o algunas veces mejor, en fábricas extranjeras: en Milán, en Chicago, en Francfort o en Yokohama, por ejemplo. Aquello significó el hundimiento de la industria lyonesa, el pan de miles de trabajadores; el Fisco, obligado a buscar nuevos impuestos de compensación, etc., etc... Tan sencillo como es... Ya se ve que la cuestión no es tan frívola como parecía. Cuando la Moda ayuda a la industria nacional, conviene alentarla; pero cuando la perjudica, es preciso luchar valerosamente contra ella.

Charles Frédéric Worth debe ser considerado como un bienhechor, no solamente porque fué uno de los primeros mutualistas fundadores de la Sociedad de Socorros de la Costura y el Sindicato, sino también porque dió un impulso incomparable a la fabricación lyonesa, a los encajes franceses, a la pasamanería, a las cintas de Saint Etienne, etc., etc...

Eso sí que es una ayuda para los trabajadores más eficaz que muchos discursos, porque la acción no es siempre hermana de la elocuencia...

¿Quieren ustedes imaginarse lo que era la costura antes de 1858? Las señoras compraban telas en unas casas parecidas a esa casa Gagein, en la cual debutó Worth en París. No había entonces más que cinco o seis modelos, y se parecían de tal manera, que los mismos empleados los confundían. Entonces se casaba la gente muy joven. Una recién casada de dieciséis años, como si tuviese que serle perdonado el agravio de estar fresca y sonrosada, al día siguiente de su boda se disfrazaba de anciana; la cubrían con un traje de paño de tonos oscuros, sin dejar de ponerle un "chal" de la India, y sobre la cabeza le colocaban un horrible y hermético gorro, que, cubriéndole el pelo y la nuca, se anudaba con dos bridas...

El libertador intervino con un golpe de audacia: Worth, precursor de esto, no sólo intervino en los trajes, sino también en los peinados y los sombreros; en una palabra, en todo el conjunto. Un domingo rogó a su mujer que se pusiera un traje de color de rosa, que había hecho para ella, y lo completó con un sombrero inédito, un sombrero grande y leve, que dejaba al descubierto el cabello y la nuca; uno de esos sombreros que la moda debiera generalizar, después de aquella revolución. La señora de Worth, temiendo un escándalo, lloraba de pánico cuando iba a las carreras de Longchamp. Allí fué acogida, al principio, con asombro; después, con simpatía, y luego con admiración... Como, al regreso, se cruzara el coche de los señores de Worth, cerca del lago, con el de la prin-

VESTIDO DE NOCHE, DE "VOILE" MARRÓN, CON ABRIGO DE "CLOQUÉ" ROSA, ADORNADO CON "RENARDS" DEL TONO DEL VESTIDO. MODELO WORTH. (FOTO AD-ART)

cesa de Metternich, exclamó ésta: "¡Muy bien; lleva usted un sombrero lindísimo!"

El espantoso gorro, confeccionado en serie, dejó de existir...

He dicho, así, por encima, todo lo que le debe a Charles Frédéric Worth la Moda. Aun citaré más detalles: los modelos presentados por maniqués vivas, innovación de 1860, interrumpida y continuada definitivamente a partir de 1900. Creación del miriñaque, que daba a la mujer una gracia aérea. Creación de la falda ceñida a la cintura y las caderas, con vuelo por bajo, como una flor invertida. Creación de las mangas de farol, del traje princesa, etc...

Comprendo que estas creaciones, que fueron discutidas en su origen, pueden todavía promover controversias... No comprendemos ahora a una mujer bonita con miriñaque, tratando de meterse en un "auto" aerodinámico. Pero se ha organizado, en nombre de la higiene, una verdadera cruzada contra la falda larga, como portadora de microbios. La falda larga ha sobrevivido, a pesar de todo, y la salud pública no se ha resentido por ello... También puede suceder que la Moda se equivoque, pero es preferible el error al estancamiento, y esto es tan cierto como que el movimiento es preferible a la muerte. Emile Girardin dijo que un periodista debía tener una idea cada día. Detalló más: una idea, y no una gran idea, porque es muy difícil tener trescientas sesenta y cinco iniciativas geniales... De poder ser esto, los novelistas o los autores dramáticos sólo producirían obras inmortales. Pero trabajando, si el cerebro está constantemente a alta presión, tienen más probabilidades de dar obras de arte que uno de esos soñadores que esperan la inspiración... pensando en otra cosa. Un gran modisto debe tener mucha imaginación. Es una cualidad muy escasa. La imaginación crea los poetas, como lo crea todo. Sin ella, el más suntuoso tejido resulta tan inútil como un magnífico tintero para un escritor sin talento, o para el tan perezoso que se duerma sobre la mesa... El amor a un oficio trans-



forma el oficio en arte. Se puede dejar al azar del horno la cocción de las piezas de barro, y se puede ser un Bernardo de Palissy.

Un día, uno de los más célebres pintores contemporáneos, que paseaba conmigo, se paró para admirar a un obrero que remozaba la portada de una tienda.

—Admiro siempre—me dijo—tan prodigiosa habilidad... Ved con qué destreza hace, de un solo y seguro trazo, el fileteado... Muchos de nosotros deberíamos aprender de estos obreros, que son unos técnicos extraordinarios...

Y añadió:

—Sólo carecen de un poco de imaginación.

Y hace falta. Se sabe con cuánta intrepidez intentan muchas personas restablecer la perdida elegancia en nuestras salas de espectáculos. Para mostrarnos bien su independencia, muchos de los asiduos a los estrenos hacen ostentar sus "pull-over", sus camisas azules, sus trajes marrón y sombreros flexibles..., como decía Jules Jouy. Todo esto, a pretexto del deporte, pero creo que no se visten deportivamente hasta después de las nueve de la noche... Para luchar contra esto se ha abierto una controversia. Y ¿saben ustedes lo que han preconizado muchos de mis cofrades? No precisamente que vuelva a usarse el traje negro, tan difícil de llevar, pero cuyo paño es fondo ideal para los tornasolados trajes femeninos. Han discurrido algo mejor: el traje de color. Represéntense ustedes a la mayoría de nuestros contemporáneos vestidos de rosa, berengena, turquesa o tomate maduro.

¡Tanto trabajo como les cuesta vestirse de "smoking"!

Como antes decía, aunque no queramos, todos somos en esto solidarios. El Teatro y la Moda están estrechamente unidos. Mientras sea autor dramático, no deseo que se generalice el uso inaugurado de la espectadora del Varietés... La "toilette" importa poco cuando la obra contiene una filosofía profunda o cuando se discuten esas cuestiones sociales, que, desde luego, nunca ha podido resolver la literatura. Pero la mayoría de las veces los espectáculos no son más que una diversión... Un antepasado nuestro declaró que era tarea difícil la de distraer a las personas. Si el teatro presenta aspecto de fiesta, la obra tendrá mejor acogida. Los actores dirán lo difícil que resulta entusiasmar al público las tardes de lluvia, cuando la gente llega mojada y cubierta de barro...

Deseemos para el porvenir de todos nosotros, sobre todo para el porvenir de los jóvenes, que tienen ante sí un bello camino que recorrer, que renuncien a muchas cosas; por ejemplo, al "figón" perdido en un barrio excéntrico, donde van a comer por un precio generalmente elevado cualquier cosa, peor siempre que las de los grandes restaurantes; al baile con traje de sastre, y a la avaricia, que muchas veces se disfraza de sencillez...

Pero no hay duda de que volverán los buenos tiempos... ¿Qué digo? ¡Han vuelto ya en este principio de primavera, y en esta gloriosa casa, donde nacen los trajes como flores!...

HENRI DUVERNOIS

JUVENIL TRAJE DE LANA GRIS
CON CINTURÓN Y APLICACIONES
CHAROLADOS NEGROS.
SOMBRERO NEGRO, DE PAJA.
MOD. WORTH. (FOTO STUDIO)

Ayuntamiento de Madrid

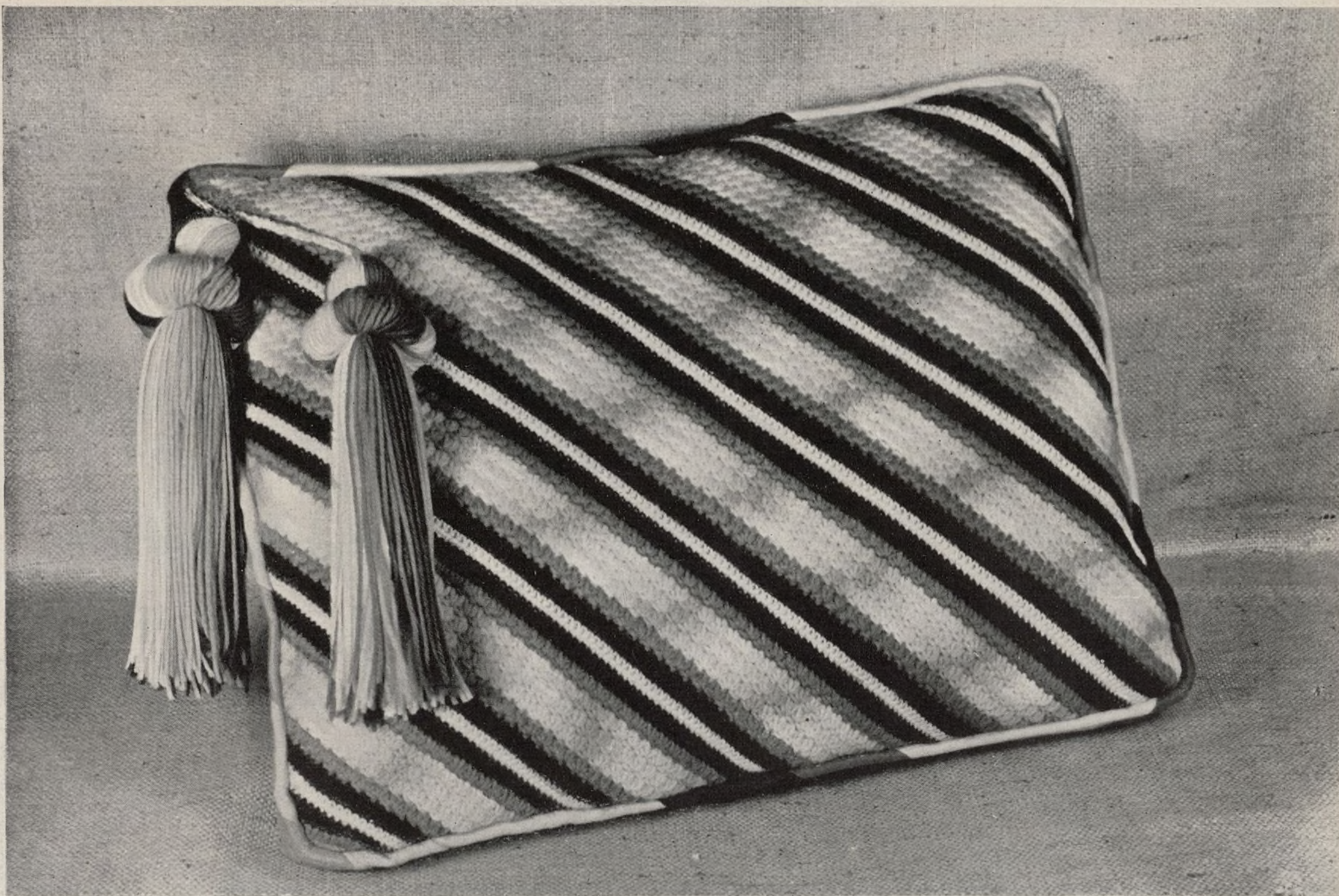


Dentro ya del periodo estival, la Moda disminuye algo la frecuencia y la fuerza de sus vibraciones... Todo el mundo ha preparado con anticipación sus claros vestidos veraniegos. Solamente existe la preocupación de la labor para matar las horas bajo la sombrilla, departiendo entre las amigas, mientras se le hace un chaleco de punto a "él", o se completa un vestido con una chaqueta o una blusa para una misma o se hace algún detalle para la casa... Estas páginas, dedicadas a LABORES, pueden dar alguna idea aprovechable para esas horas de trabajo, que serán un grato contraste entre en el casi absoluto no hacer nada de la vacación estival.

el **Modas**



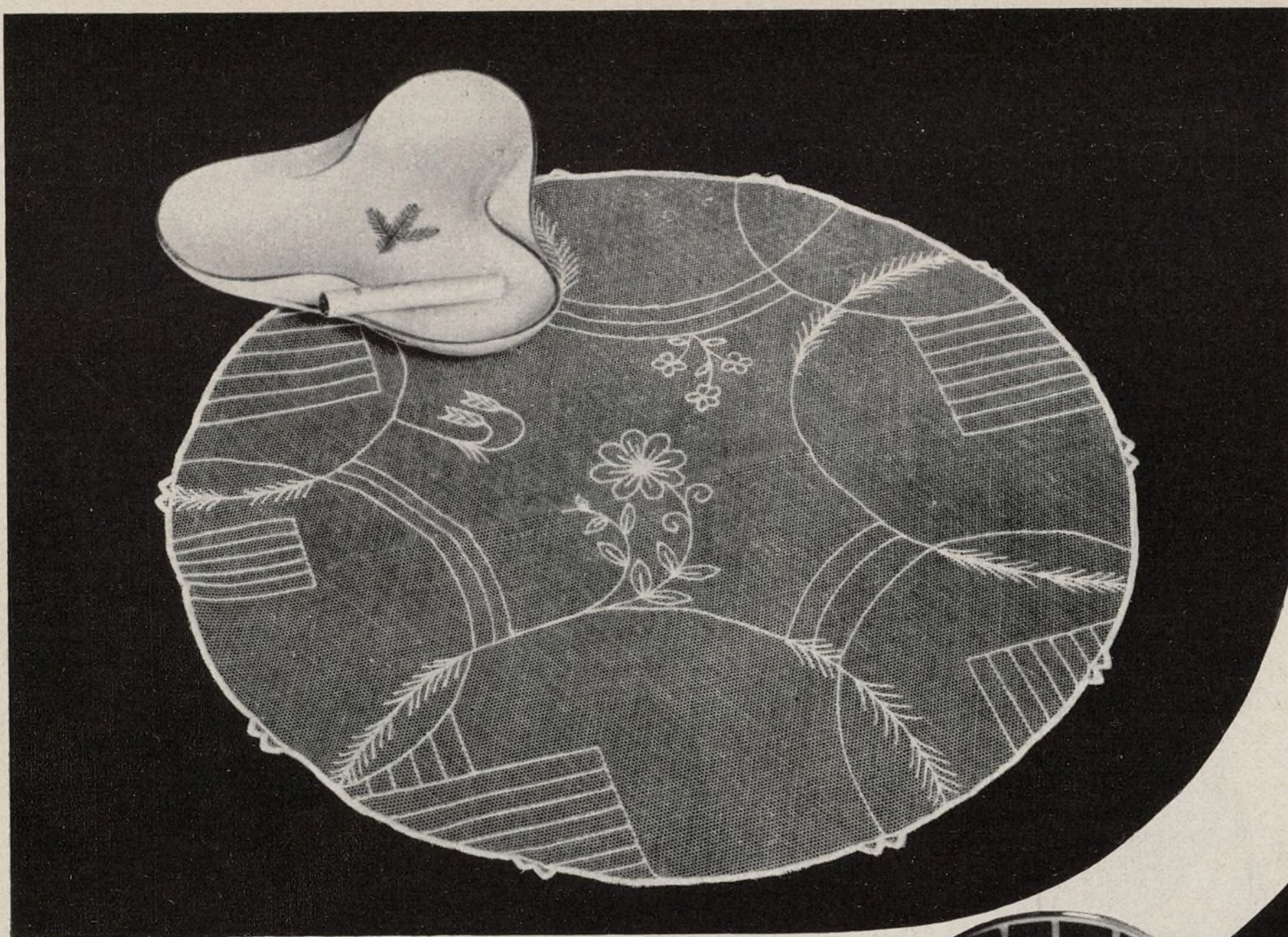
Ayuntamiento de Madrid



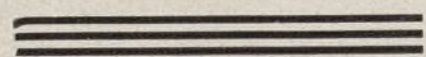
Cojín de punto de lana en varios colores (amarillo claro, amarillo obscuro, amarillo anaranjado, rojo y marrón), con borlas de lana y ribete de tela.

Gran tapete de punto, en hilo grueso, color crema. Detalle para cubrir la cómoda mesita para el té, dándole cierta expresión femenina.

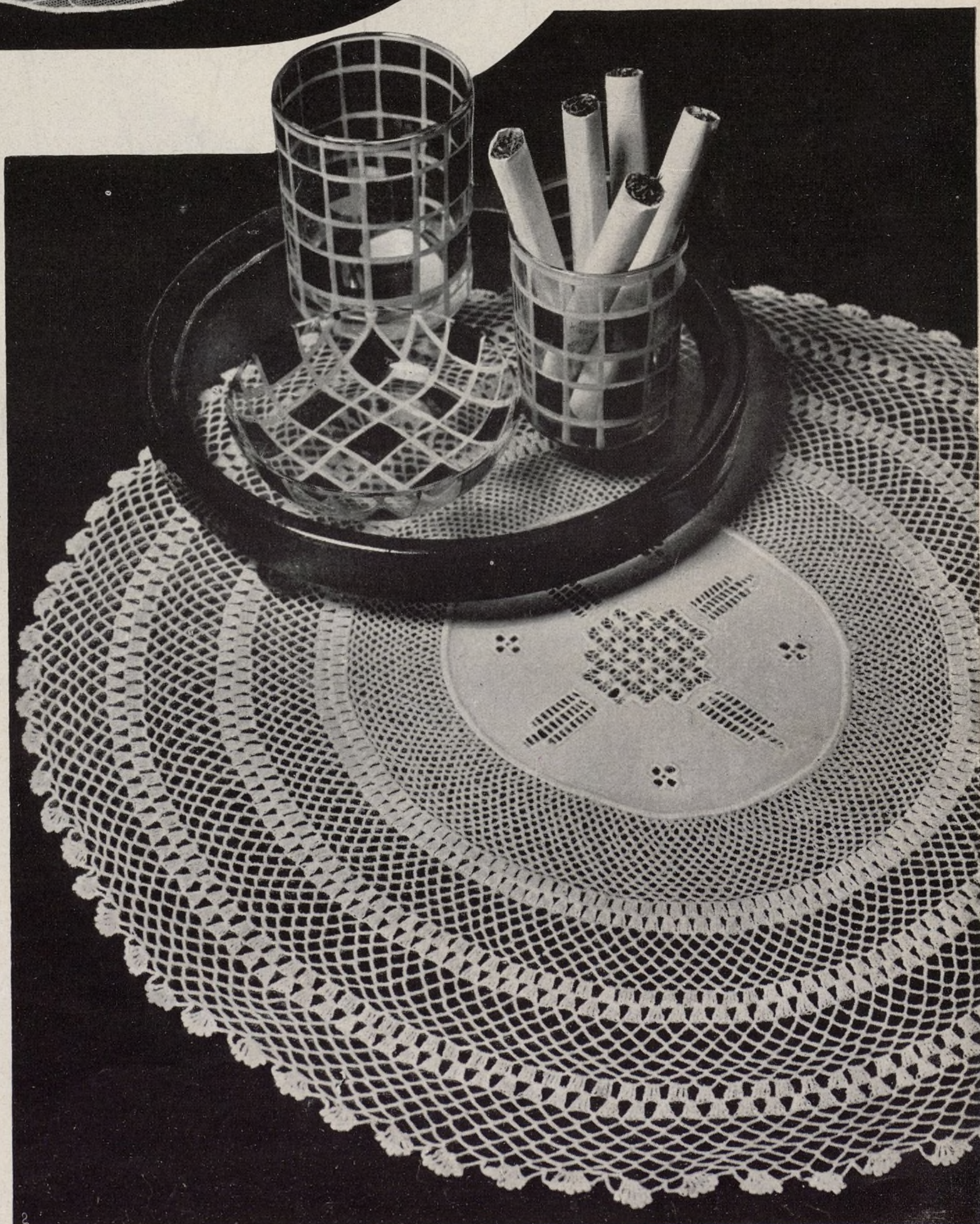




Arriba, pequeño centro de mesa de tul bordado. (Foto Schostal.)



Centro de mesa en labor de ganchillo. La parte central es de hilo calado. (Foto Schostal.)



labores

adornos y bordados, para vestidos, hechos con "lacet"

En esta plana presentamos varios modelos de esta novísima ornamentación de los trajes femeninos y algunas prendas en las cuales han sido utilizados, en particular un modelo de elegante chaqueta, de lino color "ficelle", cuyas mangas están bordadas con "lacet" marrón y blanco, y una blusa de "toile" rojo vivo, bordada en color crudo. (Dib. S. de Tejada.)



BLUSA HECHA EN CORDONCILLO D.M.C., CON LACITOS

Fresca y alegre, con sus lacitos de "gros-grain", esta preciosa blusa es de fácil confección, puesto que se ejecuta a punto de malla, en crochet.

La explicación se refiere a la talla 40. Para cada talla diferente aumentense o disminúyanse 11 cadenetas (tres en cada mitad de delante y cinco en la espalda) cinco centímetros = alrededor de doce vueltas a lo alto y once cadenetas a lo ancho.

Material.—160 gramos de cordoncillo especial art. 151, blanco de D. M. C., número 30 y un ganchillo número 21.

Puntos empleados.—Primera vuelta. Punto de malla (cuerpo): En una cadeneta del largo deseado hágase una pata echando la hebra, tómesela una brida larga, dos cadenetas, una pata echando la hebra, pásense dos cadenetas de la cadeneta de base y hágase otra pata x, segunda vuelta, y todas las demás como la primera, haciendo la pata encima de la de la vuelta anterior, cogiendo los dos bordes de la presilla de la pata de la vuelta anterior.

El borde de delante se hace sin hacer cadeneta entre las patas.

Segunda (borde del cuello y de las mangas): Punto de crochet hecho sin echar la hebra y sin hacer cadeneta entre cada pata.

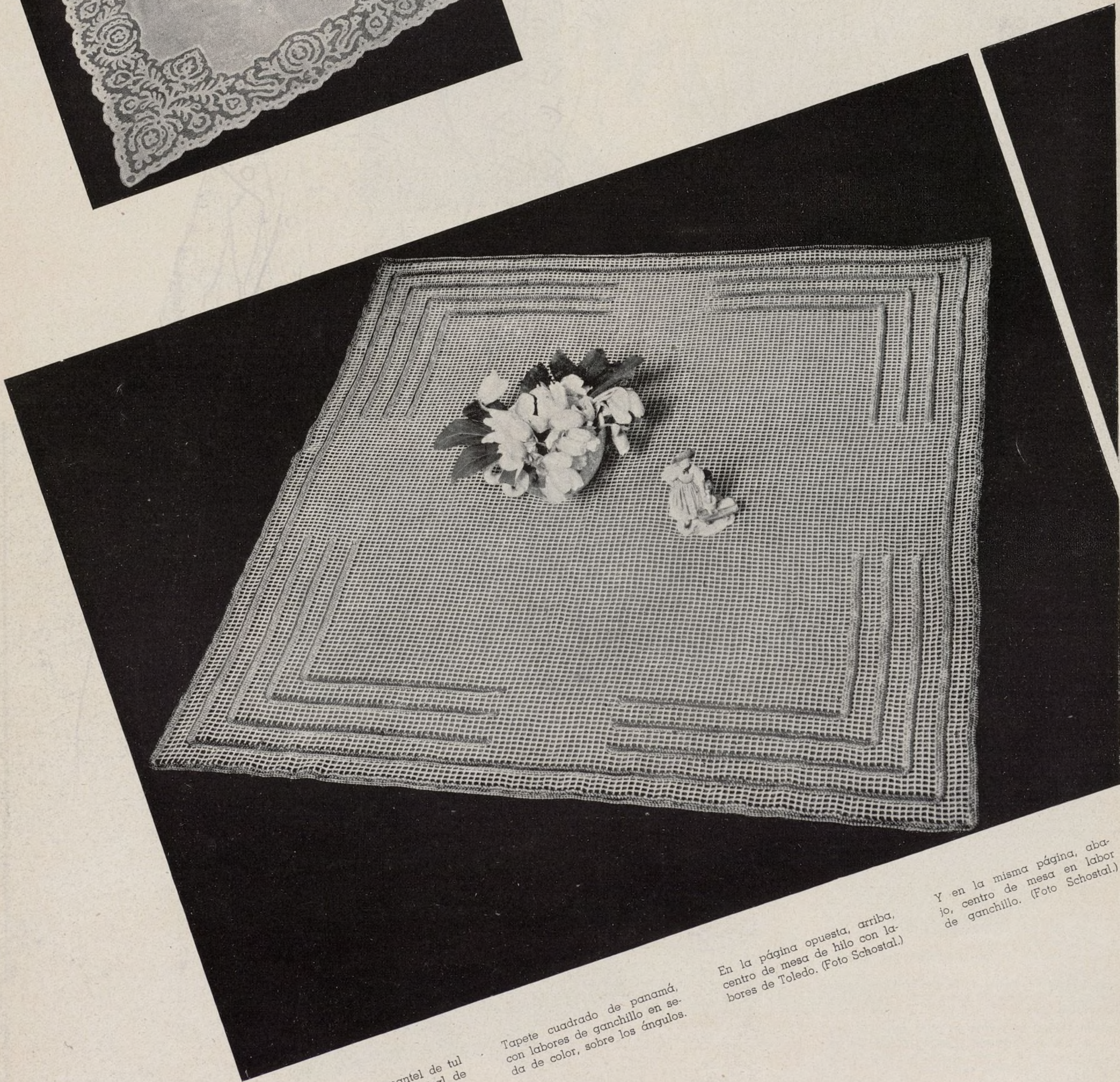
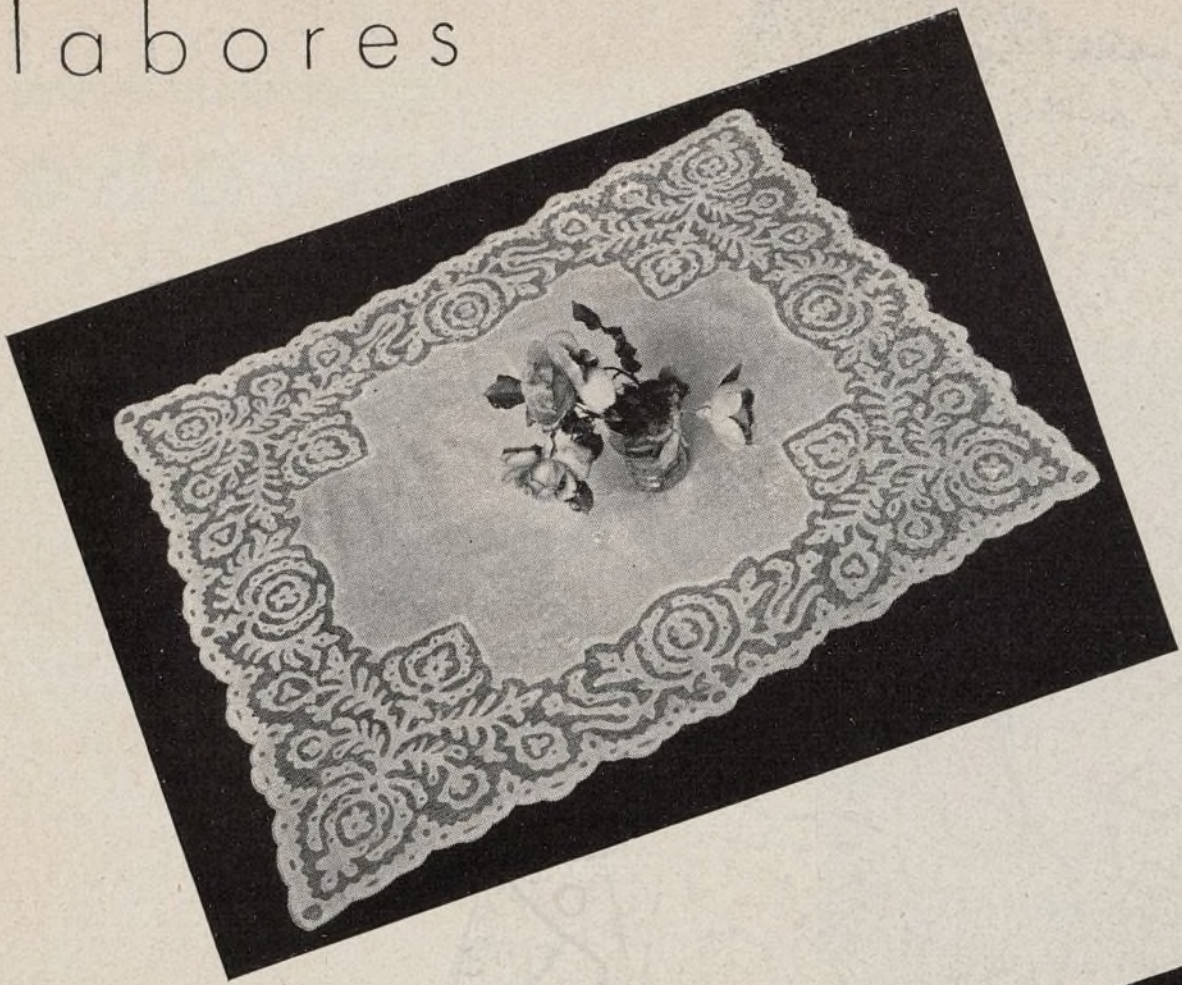
El piquillo.—Cinco cadenetas al aire, meter el ganchillo en la primera cadeneta y sacar el hilo. Se repite cada ocho medias bridas (cuatro en una de las mangas y cuatro en la manga siguiente).

Marcha del trabajo.—La blusa se empieza por la parte de abajo de la espalda y se termina por el borde de abajo del delantero. Sobre una cadeneta de 250 puntos (de los cuales cinco son para la vuelta), háganse los puntos de malla ya indicados. Háganse de cada lado cinco veces un aumento de una pata para cada once vueltas. En la vuelta 62 añádase a cada lado para la manga, una vez, 23 cadenetas (seis bridas, más cinco cadenetas para la vuelta). Sigase en línea recta hasta que la labor tenga 82 vueltas de alto. Déjense sin hacer las 25 bridas o patas del medio de la labor. Trabájese un lado en línea recta durante 34 vueltas. Fórmese el delantero añadiendo a uno de los extremos 60 cadenetas (15 bridas para el borde del delantero, más cinco cadenetas para la vuelta). Trabájense 35 vueltas. Déjense las seis bridas de la manga. Terminese la primera mitad del delantero en línea recta para el borde de éste, y háganse del lado de la costura las disminuciones equivalentes a los crecidos de la costura de la espalda. Terminese la otra mitad del delantero de la misma manera. Después, al comienzo de la manga, trabájense ocho vueltas de punto de malla. Terminese por el piquillo. (Véase la explicación.)

Para el cuello.—Háganse seis centímetros en punto de malla, partiendo del borde del escote. A la primera vuelta dóblese el número de bridas o patas, haciendo una pata más entre cada una de las de la vuelta anterior. Terminese por un piquillo como el del borde de las mangas. Pásense cintas sobre los hombros y borde de delante, haciendo unos lacitos, como se ve en el dibujo. El conjunto es verdaderamente atrayente.

Ayuntamiento de Madrid

labores

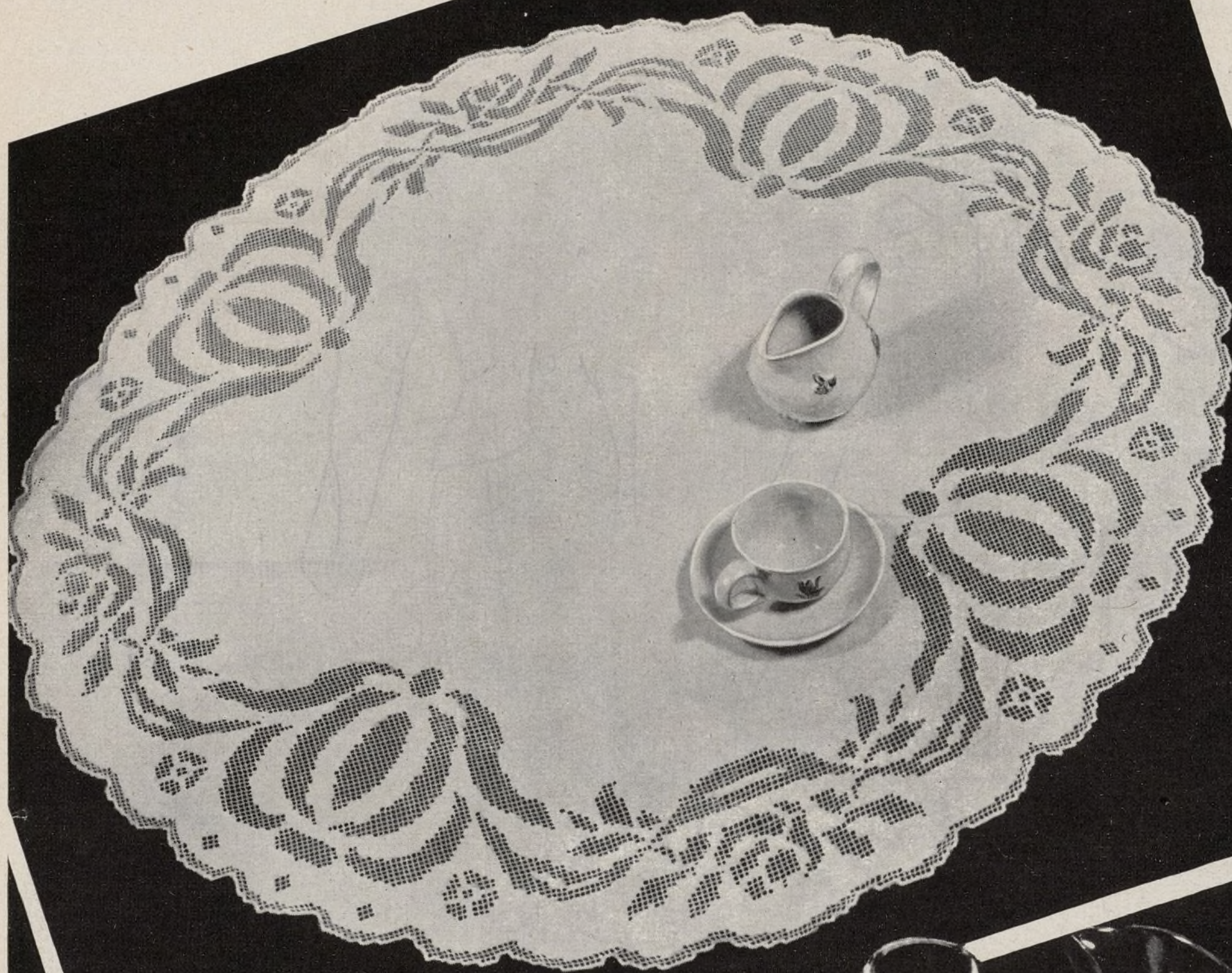


En la parte alta, mantel de tul blanco con la zona central de batista rosa. (Foto Schostal.)

Tapete cuadrado de panamá, con labores de ganchillo en seda de color, sobre los ángulos.

En la página opuesta, arriba, centro de mesa de hilo con labores de Toledo. (Foto Schostal.)

Y en la misma página, abajo, centro de mesa en labor de ganchillo. (Foto Schostal.)





vestidos de punto a mano.

Empléese fino perlé de lana de ocho cabos y trabájese con punto liso. En los bordes, para evitar se doblen, háganse unos puntos de grano de arroz.—Con fino "bouclet" de lino. Hágase todo de punto al derecho. No precisa se haga otro en los bordes, porque no se arruga. Los adornos de las solapas y del chaleco se bordan, si se quiere evitar el trabajo de llevar muchos hilos sueltos.—Se obtiene con "bouclet" de fino y punto liso. Los adornos de la chaqueta son de antilope.—Empléese perlé de ocho cabos y hágase todo con punto liso, excepto el adorno verde, que debe ser de punto de grano de arroz, y los bordes también, para evitar se doblen. Unos patrones a medida podrán facilitar la labor.

S. Fontuberta

Ayuntamiento de Madrid





para
estar
en
el
campo

Pantalones blancos de hilo y blusa de hiloalgodón a cuadros.—Traje para baños de sol y de aire con lunares azules. Toca de la misma tela con visera. Modelos Ski-Hütte. (Fotos Schostal.)—Traje de playa, de algodón azul, con bolsillos plegados. Sombrero de cretona con flores. (Foto Becker & Maass.)

Ayuntamiento de Madrid



ingravidez
y
gracia de la mujer
con el vestido de

Madrid



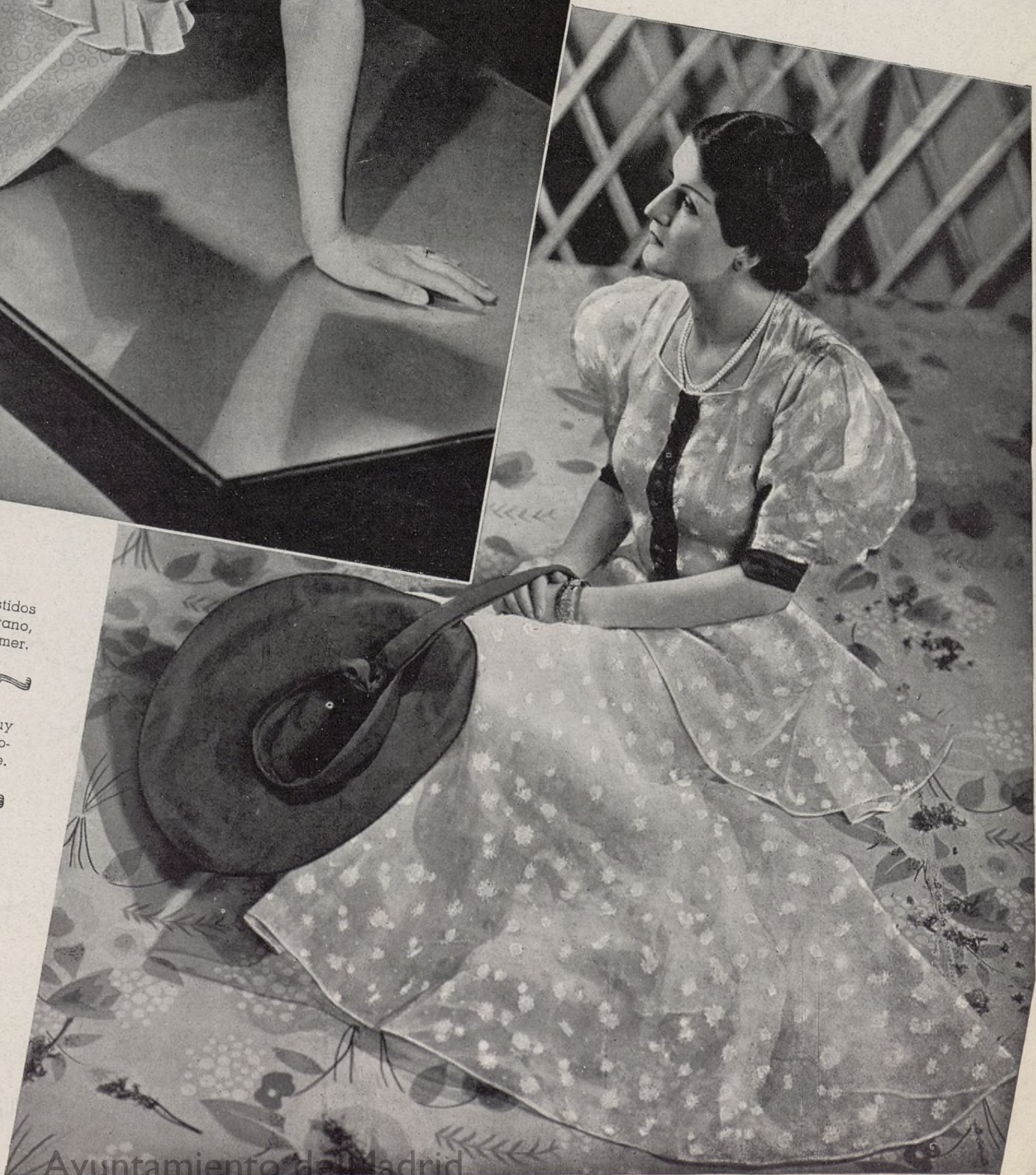


Ninguna tela como el organdí para los vestidos "clair de lune". Vestido de noche para verano, en organdí a pequeños cuadros. Modelo: Behmer.

Otro vestido de noche en gracioso organdí, muy juvenil, con rayas azules y un pompón de flores. Inspirado modelo: C. A. Herpich Söhne.

En esta página, arriba, un vestido azul de organdí con pompón de flores, para verano. Modelo: C. A. Herpich Söhne. (Foto Schostal.)

Y finalmente, abajo, otro vestido de organdí rosa, con adornos azules, propio para "garden party". Modelo: Martial et Armand. (Foto Schostal.)



Elegancia

máxima de

los vestidos de *encaje*



Largo y ceñido abrigo de encaje amarillo, compañero de un elegante vestido de tarde, en "crêpe romaine" del mismo color. Modelo: C. A. Herpich Söhne.

Elegante conjunto de tarde en encaje azul. El cinturón y el collarín, con aplicaciones de flores del mismo color. Modelo: C. A. Herpich Söhne.

Chaquetilla de punto amarillo, hecha a mano. Modelo: C. A. Herpich Söhne.

Vestido para las carreras de caballos, de encaje gris y rosa. Guantes de piel de Suecia, gris oscura. Sombrero de paja de Bengala, gris oscuro, con plumas de avestruz palo de rosa. Modelo Molyneux. (Foto Schale.)



Ayuntamiento de Madrid



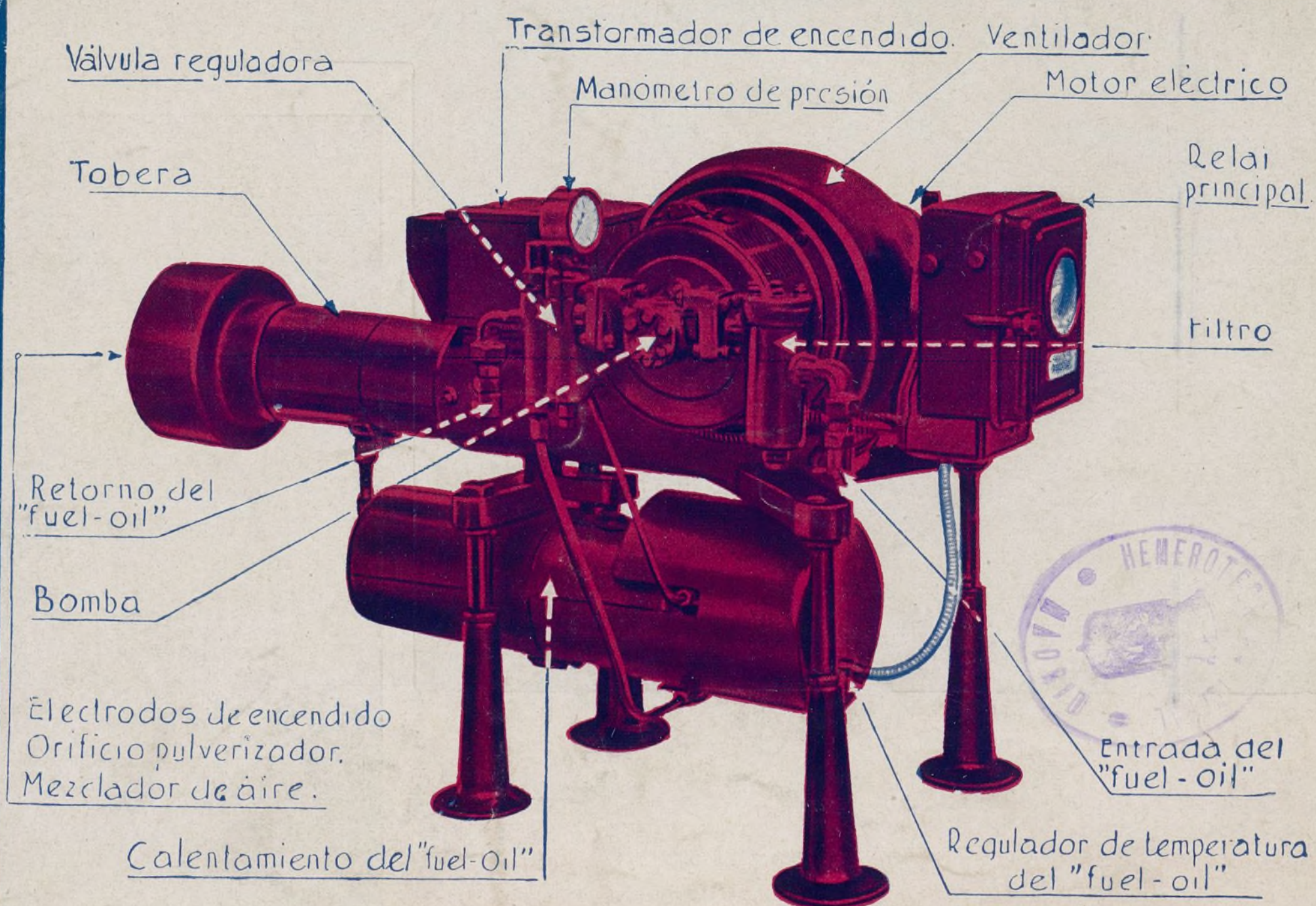
FABRICADO POR
S. A. C. H. A. M.
Ginebra - París - Lyon

Exclusiva para España:
F. GURREA NOZALED
Marqués de Cubas, 11.
Teléfono 24816.

MADRID

*¡ Instale Ud.
con tiempo
en su finca*

**EL QUEMADOR AUTOMÁTICO
DE FUEL-OIL "LE NATIONAL"
PARA CALEFACCION CENTRAL**



Ayuntamiento de Madrid